

En la Playa

PENA DEL TALION.



L bueno de D. Mariano se convenció al fin de que era un extraño en su propia casa. Su hijo Blas había ido cediendo poco a poco al plan ideado por su esposa Julia, de aislar al anciano del resto de la familia, como a un ser molesto que estorba en todas partes. Y el plan era observado con todo rigor. El cariño y dulce trato que hijo y nuera habían prodigado a D. Mariano en años anteriores, fué desapareciendo lenta, pero positivamente, desde que el buen viejo, demasiado bonachón y cándido, habiales hecho donación de todo, en un arranque de im- prudente generosidad. Ahora sólo veía en ellos desdenes, aversión y menosprecios. Hasta los nietos negaban al abuelito sus mimos y caricias. Las inocentes criaturas se habían acostumbrado a la indiferencia y frialdad que veían en sus padres; y huían del abuelito, cuando éste se acercaba para acariciarlos.

El anciano sintió su corazón destrozado por aquel vacío, el más terrible de todos. Estaba solo, completamente solo, en medio de su familia, de sus hijos, de sus nietos. Era imposible vivir en aquella atmósfera cruelmente glacial; y D. Mariano comenzó a decaer física y moralmente, se consumía, se moría, como una planta sin luz ni calor.

Hasta se le negaba el derecho a quejarse; pues si alguna vez aludía con sus palabras al abandono que padecía, Julia, la altiva nuera, se desataba en expresiones incisivas, punzantes, que siempre tenían el mismo resultado: hacer cada día más amarga la vida del anciano.

No eran sin embargo las mortificantes palabras de la hija política lo que más sentía el pobre D. Mariano; la herida más profunda de su corazón, la que sangraba a todas horas, se la causaba el sistemático y silencioso desdén, y glacial indiferencia de Blas; aquel hijo siempre mimado y favorecido. La más franca hostilidad, el odio, la misma persecución eran preferibles a aquella situación de premeditado aislamiento y desvío.

Hemos afirmado que el infeliz anciano estaba solo, y no es exacta la afirmación. Mercedes, una de las tres nietas, solía acompañarle muchos ratos durante el día. La niña continuaba siendo la misma de siempre, pródiga en acariciar a su abuelito abandonado de todos; lo cual no veían con buenos ojos sus padres. Esto era causa de que Mercedes, a pesar de su

débil constitución física, se viese puesta a sus hermanitas, lo mismo en el vestido que en todo lo demás. De ahí que la niña, casi siempre delgada y paliducha, fuese a buscar en el abuelito el calor que todos le negaban.

Una tarde en que D. Mariano y Mercedes estaban como de costumbre, separados de los demás en un rincón de la casa; el pobre anciano, presa de hondo abatimiento y desconsuelo, comenzó a llorar. La niña se abrazó a él, queriendo consolarlo con sus mimos y besos. Después se llegó a donde estaban sus padres y hermanitas, y con el pañuelo en los ojos dijo llena de tristeza:

—Papá; venga usted, que está llorando.

—¿Quién...?—se apresuró a preguntar con manifiesto enfado la madre.

—El abuelito. Tiene mucho frío, y está blanco; y no me dejaba que viniese a avisar.

—¡Siempre así!—exclamó Julia malhumorada, dirigiéndose a su marido.—Hasta que no hagas lo que todos los días te estoy diciendo...

Blas, sin contestar a su esposa, se levantó, y fué a donde estaba su madre.

—¡Vaya unas ganas que tiene usted de molestar!—le dijo con enfado—Parece que se empeña en interrumpir cuando más ocupados estamos. ¿A qué manda usted a la niña...

—¡Si no me ha mandado el abuelito...!—interrumpió Mercedes.—Yo me he escapado, porque él no me dejaba ir.

—¡Cállate, mocosuela!—le dijo su padre con ira mal reprimida. Después prosiguió, dirigiéndose al anciano:

—No sé a que vienen esos lloriqueos. ¡Cualquiera diría que se le trata mal! ¡Como si se le negase lo que necesita...! ¿Qué le falta, para que así nos esté molestando a todas horas?

El anciano no contestó. ¿Para qué? Muchas veces había tenido semejantes encuentros con su hijo y con su nuera, y no había conseguido más que aumentar el desvío y el desdén, de que era víctima inocente.

Había además otra razón, y esa era la principal, para que el anciano no contestase.

Hacía tiempo que recordaba con sincero pesar la conducta que él había observado con su difunto padre, idéntica a la que Blas observaba al presente con él. Ese recuerdo era una espina que D. Mariano tenía clavada en su corazón. Como buen católico, reconocía la mano de Dios en cuanto le pasaba; y por lo mismo, conforme y resignado,

sufría los malos tratos de que era objeto, en expiación de sus faltas contra la piedad filial. Es más: esperaba el día en que su hijo lo llevase al Asilo de ancianos, porque también él había llevado a su anciano padre al mismo establecimiento.

Es la pena del talión, se decía con amargura y profundamente arrepentido. Se me trata como yo traté a mi padre. No me quejo, ¡Dios mío!; y me veré contento si así consigo borrar mi incalificable conducta pasada.

El día no se hizo esperar. Blas, vencido por las importunas acometidas de su esposa Julia, se decidió a llevar a su padre al Asilo. El anciano no demostró la menor contrariedad, ni tuvo una sola palabra de queja. Al contrario; parecía estar satisfecho y alegre. No sucedió lo mismo con la pobre Mercedes; estaba inconsolable; y deshecha en llanto se arrojó al cuello de su abuelito, diciendo a gritos que no se fuese, que ella lo quería mucho; y si se iba, que la llevasen también a ella. Fué una escena de intensa ternura, que hizo palidecer a Blas de emoción, el cual estuvo a punto de retroceder.

Como no distaba mucho el Asilo, el anciano manifestó deseos de ir a pie. Blas acompañó a su padre; y apenas si hablaron en el camino. Ambos estaban dominados por una misma idea: la conducta respectivamente observada para con sus padres.

D. Mariano, algo cansado, se sentó en un poyo arrimado a la pared que cercaba el jardín del Asilo. Escondió el rostro entre las rugosas manos que descansaban sobre el bastón; y las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos.

—¿Por qué llora, padre?—preguntó Blas visiblemente emocionado.—En el Asilo estará usted bien cuidado. Además lo visitaremos todos los días, y nada le faltará.

—Nó: Blas; no lloro porque voy al Asilo; todo lo contrario; eso me consuela. Pero...

—¿Qué?

—El recuerdo de tu abuelo, de mi padre, me arranca estas lágrimas. También yo me porté con él así. Hace treinta y cinco años que mi padre se sentó a descansar en esta misma piedra donde estoy sentado, cuando yo le obligué a ingresar en el Asilo, por no querer tenerlo en casa. Dios me mide con la misma vara que yo medí. No me quejo de tí, hijo mío; todo lo perdono. No permita el Señor que en tu vejez...

El llanto ahogó la voz del afligidísimo anciano. Blas contempló a su padre por un momento; llevose la mano a la frente, y como iluminado por una idea exclamó:

—Padre, espere un poco; ya vuelvo. —Y se alejó ligerísimo.

No tardó en volver; y dando la mano a su padre para ayudarle a levantar, dijo con resolución:

—¡Padre; vamos a casa!

—¿Qué es eso, Blas? ¿No me admiten en el Asilo?... ¿Han cerrado

yá?...

—No sé si está cerrado o abierto, padre. Lo que le digo y le prometo es, que sus puertas estarán cerradas para usted mientras yo viva. Esa piedra donde descansó mi abuelo, y donde se ha sentado usted, es para mí una lección saludable. Ya me comprende... Ahora, a casa; el auto está esperando.

Desde aquel día volvió a renacer la paz, el amor y la tranquilidad en aquella familia. Blas y Julia trataron de adelantar al anciano con todo el cariño

y ternura de verdaderos hijos. Los niños, siguiendo el ejemplo de sus padres, volvieron a prodigar mimos y caricias al abuelito; y Merceditas no cabía en sí de gozo, viéndolo querido de todos.

Cuando, durante el paseo, pasaban frente al Asilo, solía decir Blas a su esposa, señalando el pozo:

—¡Julia! ese asiento nos ha librado de sufrir un día la pena del talión...

EL SOLITARIO.

¡¡¡YA NO HAY NIÑOS!!!

ASI clamaba aquel enamorado cantor de las aguas y de las flores, aquel dulcísimo cantor de las aves y de los niños, con este grito que desgarró el alma. El que tiene sus delicias en ver jugar a un niño y se entretenía en el Prado observando sus diversiones y comparándolos con ramilletes de rosas recién cortadas; él que se alegraba con la alegría de los niños, y se entristecía doblemente cuando estaba triste; Selgas que antes había dicho, que una casa sin niños, es como un tiesto sin flores; que lo más bello de la hermosura de una mujer son sus hijos, y que los niños son el lazo que existe entre el Cielo y la Tierra, y el único, acaso, que los hombres no pueden romper, ahora con los ojos cubiertas de lágrimas y el corazón partido, tiene que exclamar desconsolado: ¡¡ya no hay niños!! Y yo que tengo mis delicias en conversar con un niño, y que por nada de este mundo trocaría un rato de charla con él; yo que no encuentro en la tierra, ni franqueza, ni fé, ni lealtad en los hombres, pues que todos, sin excepción, al cabo te destrozan el corazón y te engañan, y el niño es el único que no acierta a engañar y hacerte daño, yo en fin que no puedo resistir a las miradas, y a las sonrisas, o a los gemidos y a las lágrimas de un niño, me veo precisado a repetir aquel triste lamento y con llanto en los ojos exclamar ¡¡ya no hay niños!! No hay niños; a más temprana edad que antes dejan hoy de serlo; niños que antes llegaban a la edad de diez y ocho años, y que hoy no rebasan los límites de los siete. Si el dulcísimo Selgas volviese a la tierra, moriríase de pena y dolor al no encontrar con quien hablar y llegar a comprenderse, porque no hay niños.

No los hay en verdad te lo dicen las propias madres en sus continuados y estériles lamentos; los Ministros del Señor en su angustiado corazón. Me lo dicen las calles, las plazas, el teatro y el cine y toda clase de diversiones

que hoy entretienen a los hombres me lo dicen también, y yo lo veo, y todos conmigo, las escuelas laicas o ateas, que matan de raíz tantas flores tempranas, tantos capullos sin terminar de abrirse; que apartan tantas y tan bellas flores y las estrujan con sus manos asquerosas e inmundas.

Yo busco por todas partes los niños, y no los encuentro. Y me entro por el recinto de las casas de familia, y ya no encuentro aquellos angelitos, ensueño de sus padres, locura de las madres y alegría de la casa toda; aquellos niños que antes al despertar el día dirigían las oraciones de la mañana, y oraban arrodillados junto a la madre que a rezar les enseñaba y que con ellos rezar solía; aquellos niños que con sus manos inocentes rogaban al corazón de Dios todas las gracias. Ahora muchas casas de familia son tiestos sin flores, no hay niños porque hay malvados que no quieren tenerlos y donde los hay... ¡ay! que los ojos de los niños aptos solamente para ver cosas bellas, para contemplar cosas de cielo, cosas divinas, han visto cosas de la tierra y ya no se atreven a mirar al cielo; que los oídos de los niños aptos para escuchar armonías de otra tierra, palabras de angel y plegarias de querubes, se han cerrado al contacto de polvo vil que les impide abrirlos para oír cosas mejores.

Yo los busco después entre esos que se acercan por vez primera al Santo Altar, y ¡¡ay!! que muchos llevan sus almas sucias ya por el vicio, corrompidas por el pecado. Esos niños que van vestidos de blanco y que debieran ser ángeles por su edad temprana, tienen sus alas enlodadas por el fango de la culpa, las tienen muy pesadas, no pueden volar, son ángeles con alas caídas. Miro sus ojitos que estrellas semejar debieran y no tienen brillo, que engañan; esos labios, esas boquitas de coral que sólo debieran pronunciar palabras tiernas, dulces, de amor, de pureza, palabras divinas, perdieron ya su color, al pasar por ellos

la tosquedad de una palabra, tal vez fea, tal vez muy mala. ¡¡Ah!! y esas niñas, angeles con cuerpos humanos encanto y embeleso del humano corazón, no bien han aprendido a rezar al Señor y a besar a su madre, cuando ya saben todos los escondites y refinamientos de la coquetería saben ya todo lo que contribuir puede al adorno de su rostro de mujer; y así pierden el encanto, y así pierden su candor, pues de niñas quieren parecer mayores... No encuentro pues niños entre esos que se acercan al Altar. Dirijo luego una mirada curiosa escudriñadora y vigilante a esos niños que pasan por la calle, que por ella bajan, y que en ella viven. ¿Los encontraré aquí? No me contestéis. Ahí no pueden encontrarse, pues la calle está ocupada por rugientes fieras que los despedazarán entre sus garras y acerradas uñas.—Yo los veo sucios, desarrapados, escualidos, de cuerpo enfermizo, y en el alma con tremendas heridas, y sufriendo de lleno el ataque de enemigos rabiosos que buscan darles muerte. Son mal educados, atrevidos, descarados, nada respetan, nada bueno tal vez conocen. Y en la calle la vida pasan, porque la madre los descuida, cuando no los abandona; allí pierden la salud porque los padres, parece, nada les interesan, y en la calle pasan el día, ¡porque alborotan la casa! ¡¡porque nada pueden respetar!! ¡¡¡porque siempre estorban!!! Qué decís madres? ¿qué palabras son esas que han pronunciado vuestros labios? ¿Los hijos os estorban? ¡¡Cómo!! os unisteis en el santo vínculo del matrimonio para llevar hijos al cielo y los hijos os estorban? ¿habéis traído a este mundo, hijos que debéis hacer hombres y los teneis abandonados; son los hijos la alegría de la casa, el tesoro de una madre, ídolos de su corazón, pedazos de sus entrañas, objeto de sus ensueños, fin de sus amores y los dejais en la calle porque os estorban?... No os daré yo ese nombre santo y dulcísimo de madre, porque no es madre la que